



Evolución del toreo a caballo

La lidia ecuestre vive en la actualidad su mejor momento artístico. Hoy se torea a caballo, con el caballo y desde el caballo con más pureza, emoción y plasticidad que nunca.

Texto: Juan Manuel Sánchez-Morate
Fotos: Archivo de Espasa Calpe, 670R086 y B+C

Pero, hasta llegar a conseguir tal grado de perfección, ha sido necesario superar múltiples dificultades, desarrollar diferentes fundamentos técnico-tácticos y ponerlos en práctica a lo largo de diez siglos a través de tres formas tan distintas de entender y ejercitar el arte ecuestre como son: alanceamiento, rejoneo y toreo a caballo.

ALANCEAMIENTO

El nombre de alanceamiento procede del arma utilizada para su ejecución; es decir,

la lanza. Básicamente consistía en matar toros, osos, jabalíes, zorros... a lanzadas desde el caballo. Fue practicado por caballeros, nobles, cortesanos, incluso reyes –Carlos I y Felipe II– desde los primeros años del S. XII hasta bien entrado el S. XVI. En sus comienzos –últimos años del S. XI y primeros del S. XII– cuando era considerado como deporte, la mayoría de los encuentros entre caballero, toro y caballo se produjeron a campo abierto. Después, durante los S. XIII y XIV, a medida que fue ganando adeptos y adquiriendo importancia, dejó de ejercitarse a campo abierto para llevarse a cabo en los patios de los castillos y las plazas de las fortalezas. Por último, en el S. XV y buena parte del S. XVI, debido al auge que tomó, el alanceamiento abandonó los patios de castillos y plazas de fortalezas para trasladarse a las plazas públicas de pueblos y ciudades; recintos más amplios y mejor acondicionados, donde los espectadores podían seguir las habilidades de caballeros y caballos, desde palcos, balcones y gradas.

El contenido técnico-artístico del alanceamiento, obviamente, fue evolucionando a medida que se fue conociendo el comportamiento de los toros, las reacciones de los caballos y las habilidades de los caba-



Antonio Cañero, iniciador del toreo a caballo

llos. En su primera etapa, S. XII-XV, no existían normas técnicas, organizativas, ni tampoco Reglamento alguno que regulara el desarrollo de la lidia. Sin embargo, a partir del S. XV los caballeros entienden que los enfrentamientos con los toros deben ser menos violentos y más templados. Bajo esta consideración surge la suerte de la lanzada, atribuida a Pedro Ponce de León quien, según Fernán Chacón, la practicaba de la siguiente manera: "El caballero se colocaba en la plaza con su caballo con los ojos tapados y esperaba al toro. Cuando el astado se arrancaba hacia el caballo, Ponce de León ponía la lanza sobre el 'morrillo', desviaba al caballo con su mano izquierda y clavaba la cuchilla".

REJONEO

A principios del S. XVI se produjo una sustancial modificación en la forma de montar. Se abandonó la denominada 'monta a la brida', de origen italiano, caracterizada porque el jinete mantiene una posición erguida sobre la montura, llevando los estribos largos, sobre los que recae el peso de su cuerpo, y se impuso otra muy diferente como fue la 'monta a la jineta', consistente en llevar los estribos cortos y las piernas dobladas, pero en posición vertical desde la rodilla hacia abajo. Esta manera de sentarse sobre la montura permitió mayor libertad de movimiento al ca-

ballo y caballero y, en consecuencia, originó una forma más vistosa, emotiva y plástica de lidiar toros a caballo conocida con el nombre de rejoneo.

En el rejoneo no se espera a que el toro vaya hasta el caballo, sino que es el caballo quien va en busca del toro. También prevalece la habilidad y técnica sobre la fuerza. Y, por lo tanto, la lidia se hace más técnica y artística, al tiempo que vistosa y plástica. El rejoneo comenzó a practicarse a principios del S. XVI. Consiguió su apogeo a principios del S. XVII. Y empezó a decaer al iniciarse el S. XVIII, con la llegada a España de Felipe V, en 1700. Se practicaba en las plazas de pueblos y ciudades, algunas de ellas especialmente diseñadas, caso de La Plaza Mayor de Madrid (1617), con capacidad para 50.000 espectadores.

Las corridas duraban todo el día. El ambiente era festivo, alegre, incluso apasionado. Una pasión que se incrementaba cuando llegaban los reyes y se ubicaban en el palco real, lujosamente adornado. En la lidia participaban plebeyos y auxiliadores, aunque el protagonista fundamental era el caballero-rejoneador, que generalmente se trataba de nobles y cortesanos como: Conde de Villamediana, Duque de Lerma, Marqués de Priego... El festejo se iniciaba con un largo y ostentoso 'paseillo', en el

que los caballeros rejoneadores acompañados de auxiliadores y lacayos hacían alardes de lujo y riqueza. Después, una vez finalizado tan barroco prólogo, comenzaba la corrida, propiamente dicha. La misión del caballero consistía en lidiar y dar muerte al toro. Muerte que se producía poniendo en práctica la suerte del rejón, consistente en "buscar al toro cara a cara, con el caballo al paso, hasta situarse a la distancia oportuna. Cuando el toro se arrancaba, se le dejaba llegar hasta la jurisdicción del caballo y, un instante antes de que lo tropezase, el caballero con un leve movimiento de rienda de la mano izquierda hacía sesgar ligeramente al caballo, para con la mano derecha quebrar el rejón en el 'morrillo' del toro'. Obviamente, se producían caídas y percances de distinta consideración, si bien el número de caballos que morían en el ruedo no era demasiado elevado. Desde el punto de vista artístico, los caballeros se esforzaban por lidiar con limpieza y emoción a los toros, pero también concedían mucha importancia a la defensa de su honor, mermado éste por cualquier caída o revés sufrido durante la lidia.

TOREO A CABALLO

El desinterés mostrado hacia el rejoneo, tanto por Felipe V (1683 - 1746) como por su hijo Carlos III (1716 - 1788), influyó de


tal manera sobre los nobles y cortesanos, que estos, para no disgustarles, abandonaron su práctica y, en consecuencia, la lidia ecuestre atravesó una profunda crisis, hasta el punto de que estuvo a punto de desaparecer. Pero ante esta dramática situación, las reacciones surgieron con prontitud y, gracias a la magnífica labor llevada a cabo por las Maestranzas de Caballería, la celebración de vez en cuando de una Función Real y el contacto diario y directo entre el toro y el caballo en las dehesas andaluzas y salmantinas, se consiguió que el Rejoneo se refugiara en las ganaderías y allí permaneciera hasta que en el primer tercio del S. XX, D. Antonio Cañero, tras introducir profundos cambios técnico-tácticos y estéticos lo convirtiera en una nueva forma de entender e interpretar la lidia ecuestre: el toreo a caballo.

En efecto, Cañero rompe con todos los moldes del Rejoneo que se practicaba durante el Renacimiento y el Barroco. Crea un nuevo modelo de lidia ecuestre. Le imprime la naturalidad y frescura de la dehesa. Y, tras establecer cambios significativos tanto en su fondo como en su forma, lo dota de una estructura y unas 'suertes' bastante similares a las que configuran el toreo de a pie. Ello hace que en los encuentros con el toro se pase de una actitud defensiva a una ofensiva. Que se reste violencia a los embroques. Y que no se huya precipita-



Diego Ventura, toreando en la actualidad

damente de sus embestidas, sino que una vez templadas y dominadas se ejecute la suerte y se ponga fin a ésta rematándola con suavidad, limpieza y despaciosidad. Respecto al caballo empleado en el toreo a caballo hay que decir que resulta mucho más equilibrado morfológica y físicamente. También está mejor domado. Es más flexible, ágil y creativo. Y, en consecuencia, convertido en un suave capote y

poderosa muleta es capaz de parar, temprar y poder con los toros. Por su parte, la misión del caballero será la que corresponde a un auténtico torero. Es decir, observar el comportamiento del toro, establecer las estrategias técnicas y recursos tácticos apropiados para corregir sus defectos y, dependiendo de sus condiciones y comportamiento, lidiarlo y torearlo con temple, emoción, elegancia y ligazón. 

CULTURA ECUESTRE-TAURINA

CONDE DE VILLAMEDIANA

D. Juan de Tassis y Peralta, conde de Villamediana fue un noble y aristócrata que vivió en el S. XVI. Destacó como poeta y autor teatral, aunque fue más conocido por sus aventuras amorosas y su participación en justas y corridas de toros. Enamorado de Isabel de Francia, esposa de Felipe IV –mujer bellísima como puede comprobarse en los cuadros de Velázquez– aprovechando la participación de ésta como actriz en el estreno de su obra Gloria de Niquea y Dafne, en los Jardines de Aranjuez, en 1622, llevado por su amor hacia la reina, se dice que provocó fuego en el escenario. Con ello, aprovechando que las llamas llegaron hasta la escena, Villamediana cogió en brazos a Isabel y la alejó del fuego. De esta manera, hizo realidad uno de sus deseos: abrazar a la dama de sus sueños.

Pero la pasión del Conde de Villamediana aún se haría más patente en una corrida de toros celebrada en Agosto de 1622, en La Plaza Mayor de Madrid, presidida por Felipe IV y su esposa Isabel. Era costumbre en aquellos festejos que los caballeros que intervenían en la lidia, durante el prólogo de la misma, además de exhibir lujo, riqueza y ostentación, mostraban en el pecho una 'divisa' -frase corta de contenido afectivo dirigi-



Alanceamiento. Ilustración de la Taurromaquia de Emmanuel Witz

da a sus amadas o apetencias más deseadas-. En las 'divisas' del Conde de Orgaz y de D. Luís López de Haro podía leerse con claridad: "Me da vida quien me abraza" y "Mi amor es quien lo quiera". Sin embargo, en la del conde de Villamediana se leía: "Son mis amores... y, debajo colgaban cuatro monedas de a real".

Ni Felipe IV, ni su esposa la reina Isabel entendieron, en principio, el mensaje. Pero, el

Conde Duque de Olivares, hombre intuitivo y astuto comentó al rey: "Majestad, la alusión no puede estar más clara".

Poco después, cuando Felipe IV se percató del contenido de la 'divisa' del Conde de Villamediana, con voz firme respondió: "¿Con que son sus amores reales? Pues yo los dejaré en cuartos". Escasos días después, el Conde de Villamediana fue asesinado.